

PROPAGANDA

LA NOVELA FEMENINA  
CINEMATOGRAFICA



FÍGARO EN SOCIEDAD

POR

Adolphe Menjou y Louise Brooks

Nº 100

30 cts.

SAIN T CLAIR, Malcolm



## *La Novela Femenina Cinematográfica*

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Publicación semanal de asuntos de películas

Redacción y Administración:

Cortes, 7.9. - Barcelona

Año II

N.º 100

## *Figaro en Sociedad*

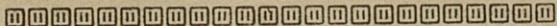
(A SOCIAL CELEBRITY, 1926)

Preciosa comedia americana,  
interpretada por los famosos artistas  
*Adolphe Menjou y Louise Brooks*

Producción  
**PARAMOUNT**

Exclusiva de  
**SELECCINE, S. A.**





## Fígaro en Sociedad

### Argumento de la película



En un pequeño pueblo del estado de Indiana hay una próspera barbería propiedad de los Haber, padre e hijo, que se ha acreditado tras fuengos años de labor por parte de ambos, pero muy especialmente gracias al arte que despliega Max, el hijo, en los rasurados, que le convierten en el número uno de la localidad.

Desde un tiempo a esta parte la célebre peluquería Haber ha tomado un mayor incremento, gracias a la modernísima moda adoptada por las elegantes y más tarde por las "midinettes" de cortarse el pelo al estilo parisense, llamado más propiamente *a la garçonne*. También ha sido Max el que más cantidad de "clientas" ha reunido en su estable-

cimiento, debido al gusto exquisito que para satisfacción de aquéllas pone en cada corte de tijera.

En la peluquería Haber hay un trabajo continuo, un ininterrumpido entrar y salir de personas de ambos sexos, que salen siempre complacidas en extremo de aquel espléndido establecimiento.

Max es un tipo alto, guapo y elegante. A pesar de no haber salido nunca de aquel rincón de pueblo, por sus modales y por su carácter desprendido parece haber vivido de continuo en la ciudad. Su cabeza, llena de juveniles entusiasmos, aspira a un más allá, y lanzaría gustoso a la aventura de buscarlo si no fuese que las redes del amor le tienen prisionero.

El amor de Max era una linda y vivaracha mujercita que ya contaba 19 abriles, edad para ella más que suficiente para haber realizado la máxima aspiración de su vida: ser bailarina. Kitty, que este era su nombre, llevaba esta idea grabada en caracteres indelebles en su mente, y aseguraba que no desperdiciaría cualquier ocasión que se le presentara para ir a Nueva York a "épatar" toda la gran metrópoli con su arte.

De momento tenía que contentarse con al-

guna que otra frase galante que le prodigásen los asiduos a la peluquería Haber, donde ejercía los cargos de manicura y cajera.

—Max, cada día voy notando en ti un mayor apego a estos cuatro muros. Eres incapaz de brillar y prosperar.

—¿Cómo abandono yo a mi pobre viejo?

—Esto te lo hace decir tu incapacidad y tu temor al fracaso.

—No lo creas, Kitty... Soy capaz de las mayores empresas, pero hoy me veo ligado por el amor y los sacrificios que mi padre ha hecho por mí.

Esta era una conversación casi cotidiana, y que siempre terminaba con la promesa de Kitty de que muy pronto se iría a Nueva York.

Y este día, después de muchos, vino. Presentóse Kitty una mañana a la hora en que Haber padre abría las puertas de su establecimiento, y expúsole sus deseos de que le liquidara la cuenta, pues aquella misma mañana debía partir para la ciudad de sus más dorados ensueños. El buen viejo, de costumbres austeras, no podía comprender cómo un capullo, apenas abiertos los ojos a la vida, podía abandonar su verjel y lanzarse al des-

enfrenado torbellino de corrupción de Nueva York.

—Pero, chiquilla; mira que vas a perecer. ¿No ves que tus ilusiones no son nada más que ésto, ilusiones?

—Señor Juan, no está usted en lo cierto... ¡¡A donde voy es a vivir!!

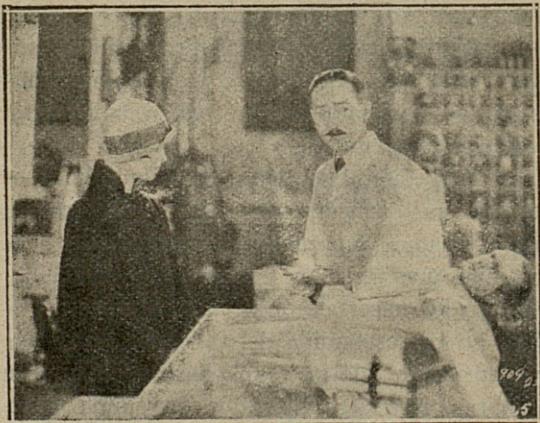
Y mientras estas palabras pronunciaba, sus ojos brillaban relucientes, y sus labios sonreían con una satisfacción cual si hubiera ya conquistado el mundo.

La despedida con Max fué algo enternecedora; su conocimiento databa de cuando aún eran unos rapazuelos, y después, los cuatro años que llevaban juntos en la tienda habían hecho nacer en Max una fervorosa pasión, no correspondida del todo por Kitty por sus ansias de gloria y sus deseos de que su hombre fuera algo más que un simple peluquero.

Max quedóse desconsolado y no podía evitar que su mirada se dirigiera constantemente al departamento de Caja, que ahora veía completamente vacío no obstante el voluminoso aparato de la registradora.

Mas he aquí que un día, visitando el pequeño pueblo indiano, la encopetada dama neoyorkina Jackson-Greer tiene ocasión de admi-

rar las lindas melenas de una muchacha de la población en el preciso instante que ésta sale de la peluquería Haber. Desciende de su auto y siéntase en el sillón donde Max ejecuta tales primores, el cual, adivinando a una dama



*La despedida con Max fué algo enternecedora...*

de calidad, se luce extraordinariamente, haciéndose merecedor a los mejores calificativos que la Jackson-Greer le prodiga.

No para aquí todo, sino que dándole su tarjeta le dice:

—Joven, admiro en usted un profesional inimitable de la tijera; si algún día piensa usted ir a Nueva York, no deje usted de visitarme.

Tales palabras y el tener su amor en la capital gigante hicieron meditar durante muchas horas a Max. Hasta que por fin resolvióse a hacer una hombrada y demostrar a Kitty de lo que él era capaz.

Produjo un enorme sentimiento en el ánimo de su padre cuando le comunicó su decisión de trasladarse a la capital.

—Allí diviso los más anchos horizontes para mí, padre.

Con lágrimas en los ojos, éste contestó:

—Llevo más de treinta años en esta casa, que guarda mis más amargos sudores; en ella te espero si la vida no se muestra para ti todo lo grata que tú deseas.

Y al día siguiente salió Max de su casa, con muy buenos consejos, muchas aspiraciones y muy poco dinero, dejando a su anciano padre en el mayor de los desconcielos.

\*\*

La gran urbe neoyorkina recibe gozosa y con los brazos abiertos a cuantos llegan a visitarla con los bolsillos repletos de dólares.

Pero para las ilusiones, guarda sólo desengaños crueles que esfuman y desvanecen todas las fantasías de los corazones juveniles.

Cuando Kitty llegó a Nueva York, fuése muy decidida a casa de un empresario para el que traía recomendación. De algo le valió, porque como su arte no aparecía por ningún sitio, gracias a la amistad contraída pudo dar con un buen profesor y logró una contrata en un cabaret de moda, para exhibir sus lindas piernas con el flexible movimiento del "charlestón".

Ganaba un buen sueldo, y podía permitirse algunos lujos que en su vida pueblerina soñara. Y aun esperaba que tras de ésto vendrían los días fastuosos de gloria y bienestar.

La entrada de Max en Nueva York tuvo caracteres más interesantes. Después de buscar una modesta pensión fuése al sastre para que hiciera de él un elegante, cual cosa poco tardó en producirse gracias a la apostura del joven y al piquillo de dólares que se trajera del pueblo.

Encaminóse a un teléfono público donde en la misma mesa y en otro aparato hallábase una elegantísima joven que empezó a mirarle con cierto interés.

Llamó a la señora de Jackson-Greer, diciéndole:

—Habla con usted Max, y desearía me indicara cuándo puedo pasar a visitarla.

—¿Max? ¿Qué Max?

La linda desconocida seguía mirándole interesada. Y él no sabía cómo responder a la pregunta. Por fin revistióse de valor y dijo:

—El peluquero que en Whitestone arregló a usted la melena.

La muchachita levantóse ofendida por el fraude de que acababa de ser objeto por parte de aquel pollo, y dirigiéndole una mirada de odio desapareció.

Max comprendió entonces muchas cosas; mas le alegró que la aristocrática dama le respondiera que estaba dispuesta a recibirla en seguida.

Trasladóse a la confortable morada de los Jackson-Greer, quedando la señora admirada al ver a un caballero con irreprochable vestimenta, elegante calzado y cuello de pajarita.

A los deseos de Max, que los expuso con mucha concisión para que le ayudara a montar una moderna peluquería, pues que él carecía de medios de fortuna para ello, la señora le contestó:

—Estoy dispuesta a recomendar a usted a

mi peluquero del hotel de París y estoy segura de que le admitirán. Pero en modo alguno me siento dispuesta de acceder a sus ilógicas pretensiones.

Su castillo se derrumbó allí mismo.

No le quedó otro remedio, si quería comer, que aceptar el puesto que se le proponía; y a los dos días ocupaba ya un sillón en la lujosa peluquería del hotel, que gozaba justa fama de tener siempre los mejores peluqueros.

Allí se deslizaba su existencia, con cara alegre y satisfecha, pero con ganas tan sólo de llorar.

No queriendo enterar a su padre del fracaso de su vida, le escribía cartas confortadoras y llenas de ánimo que aun cuando nada decían de grandezas hacían creer en un bienestar confortable y ya asegurado.

Y cuando tales cartas escribía, más se acordaba y con mayor insistencia daban la vuelta sus ojos a la habitación. Sólo había la cama, dos sillas y un sencillo armario vacío, pues toda su vestimenta consistía en aquél tan elegantísimo traje.

Añoranzas de la tierra sentía, cada día aumentadas, y con mayores deseos de volver a ella, pero aun le retenía la esperanza de ver

algún día a Kitty y llevársela consigo, pues tenía la seguridad de que también ella estaría llorando su fracaso.

Acababa de jabonar la cara de un cliente en cierta ocasión, cuando levantando los ojos vió reflejarse en el espejo que tenía enfrente la silueta gentil de Kitty, que acababa de levantarse del sillón y coquetona miraba lo bien que le sentaba el pelo cortado cual un chiquillo. Cuando se vieron frente uno del otro, Kitty exclamó:

—¡Gracias a Dios que te has decidido a hacer el hombre!... Pero por lo que veo no puedes soltar la navaja y la tijera.

—Y tú ¿qué haces, Kitty?

—Bailo. Actúo de artista de tercera fila en un cabaret... Pero por mis condiciones artísticas me estoy revelando como una futura estrella.

Luego, burlona, indicó:

—¿Y nunca piensas dejar para otros la frase que tantos años te oigo decir: ¿A quién toca?

—Kitty, no te burles...

—A quién toca? — volvió a repetir, con su boca de juguete.

Y se despidió dirigiéndole aquella mirada de diablillo que a él tanto le enajenaba.

Este encuentro dejó sumido a Max en las más profundas meditaciones. ¡Tanto como suspirara él durante los días que llevaba en Nueva York para ver a su ídolo, y, ahora, al hallarla, poder comprobar que fatalmente no había gustado el amargor de la vida y seguía con su cabeza tan llena de fantasías!

Si así no hubiera sido, él le habría propuesto, como transacción mutua, alejarse los dos del deslumbrador Broadway, y encerrarse nuevamente en aquel rincón de mundo donde los dos trabajarían para proporcionarse la felicidad que con tanto ahínco como error buscaban.

A los pocos días un extraño acontecimiento transformó las ideas y el modo de vivir de Max. El encargado de la peluquería recibió un aviso telefónico de Tenny Stuyvesant, miembro de una de las familias más aristocráticas de la ciudad, que se hospedaba en el mismo hotel, para que le mandase un oficial que le afeitara. Este encargo se pasó a Max, quien calóse su sombrero hongo y con su traje de elegante y el maletín de los útiles en la mano presentóse en la habitación del honorable huésped.

Este se hallaba en compañía de su amigo Florencio Abot; y los dos quedaron asombra-

dos de la elegancia y los modales del peluquero que acababa de presentarse.

—La verdad es que más que un peluquero parece un Marqués. ¿No opinas tú así, Florencio?

—Soy de tu opinión; y creo más aún. Debiéramos aprovechar esta circunstancia para la velada que esta noche dará la señora de King.

Callaron, porque Max acercóse para cumplir con su obligación.

Florencio era un muchacho que no desperdiciaba ocasión que tuviera a su alcance para hacer una broma, o mejor, como en esta ocasión había ideado, una juguete a su amiga la Sra. Winifred King. Sabía que su mayor satisfacción era que su palacio se viera concurido por personajes de alta alcurnia; que sentía un placer sin límites al poder mezclar en sus conversaciones frases de este tenor:

“En mis salones tuve el honor de cobijar a Lord X, de la aristocracia inglesa, cuando...”

O bien:

“El príncipe N., heredero de la corona de Murlandia, bailó repetidas veces con mi hija Abril el día que ésta celebró su cumpleaños.”

Había ideado presentar a Max a aquella señora diciéndole se trataba de un personaje de

alto rango. Inmediatamente se lo propuso a Tenny, y éste, que vió en ello un motivo de diversión, no lo desanimó, antes al contrario.

Así, cuando Max, una vez cumplido su trabajo y arreglado el maletín, iba a partir, Florencio le indicó:

—¿A usted no le gustaría asistir esta noche a una recepción aristocrática?

Max creyó que intentaban burlarse de él por su indumentaria y, confuso, no se atrevió a contestar.

—Le hablamos a usted seriamente. Allí tendría usted ocasión de alternar con gente de categoría, contraería buenas amistades, que le podrían servir de mucho.

Había tenido Tenny acierto esta vez, y Max, tímidamente, contestó:

—Pero no dispongo de ropa adecuada para ello.

Este fué para los dos amigos un pequeño inconveniente. Pero Max era poco más o menos de su estatura y ellos mismos le facilitarían todo lo necesario.

A la noche fueron Tenny y Florencio en un lujoso auto de su propiedad a la casa del peluquero, de donde descendió éste va vestido con un elegantísimo traje de etiqueta y un soberbio gabán de pieles.

La de posturas que Max adoptó frente al espejo cuando se vió con aquella ropa y la de movimientos, se reflejaron seguidamente en su afectada "pose" cuando subió al auto.

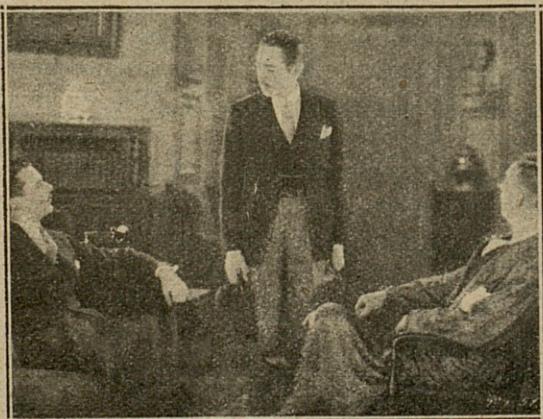
\*\*

En los sumptuosos salones de los King celebrábase aquella noche el fausto acontecimiento del aniversario de la bella Abril, la hija que cada año revestía caracteres más esplendorosos, al ir siendo ésta cada vez más una adorable mujercita.

Abril es el prototipo de la niña soñadora, para quien la nobleza de sangre, tal como preconiza su madre, es lo que mayores satisfacciones produce en esta vida. Es guapa, esbelta y elegante, sobre todo elegante; sus "toilettes" son de las más costosas de la Unión y para ella el placer de vivir es como un lujo más que puede tener el gusto de darse, a fuerza de dólares.

La fiesta de hoy es también de las que mayores motivos de alegría producirá en la de King. Le han anunciado que acudiría el conde d'Antin, francés, muy célebre en París tanto por su modo de ser completamente original, como por la prodigalidad con que rivaliza con los multimillonarios yanquis para gas-

tar sus millones. Posee varios palacios, en París, en la costa azul... y vastas extensiones de terreno en las posesiones francesas del África...



—Le hablamos a usted seriamente. Allí tendría usted ocasión de alternar con gente de categoría...

Y este conde d'Antin fué presentado aquella misma noche a la Sra. King por Tenny y Florencio, por lo que nos evitaremos ya el decir que el presente Conde no era otro que Max...

—C'est un grand honneur pour moi.

Max quedóse viendo visiones cuando oyó que la señora le hablaba en un lenguaje para él completamente desconocido. No se atrevió a contestar. Pagó con una reverencia profunda y una seriedad de ogro en el semblante.

La Sra. King, muy amable y respetuosa, fué presentándole a lo más selecto de sus invitados. Norton, un gran financiero, le preguntó en un mal chapurreado francés:

—La situation du marché français, n'améliore-t-il pas encore?

Adoptó un gesto displicente, y como quien no da mucha importancia a la pregunta, respondió:

—Psh...

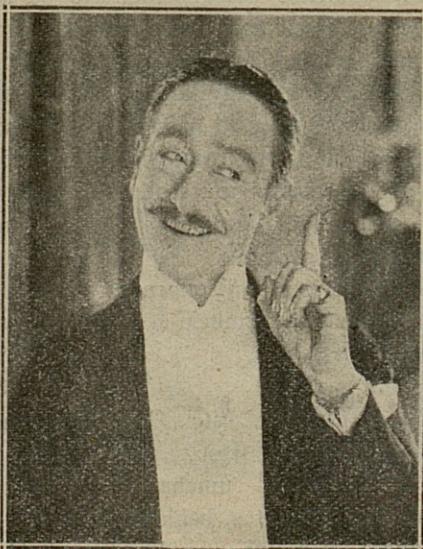
—Efectivamente, este Conde es bastante raro — comentó Norton.

Unas lindísimas muchachitas también le asediaron a preguntas, hablándole, desde luego, en francés; y a una que directamente le preguntó:

—Aimez-vous New York?

—Psh! — le respondió nuevamente con aquel gesto que había hecho ya la otra vez, que le asemejaba a un rajah magnífico, cansado de ver mundo y que ya comienza a sentir nostalgia por su país.

Max, ya cuando empezó a subir la amplia escalinata sentía un vago temor, mejor dicho, remordimiento por haber aceptado una in-

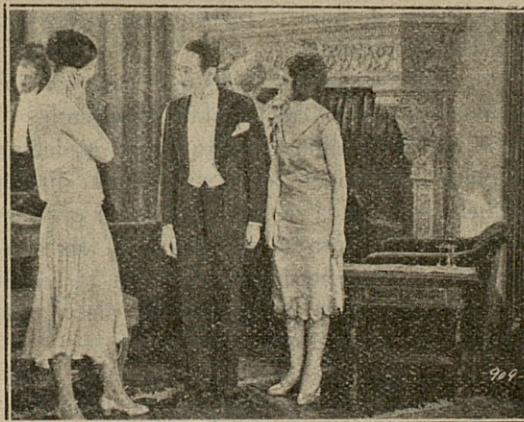


*Adoptó un gesto displicente, y como quien no da mucha importancia a la pregunta...*

vitación que ya comprendió no le correspondía. Si hubiera tenido valor suficiente hubiera retrocedido, pero era desde luego mucho más cómodo dejarse llevar por las insinuacio-

nes de los dos amigos, que no oponer resistencia a sus palabras.

Pero ahora veía con toda claridad el compromiso que se le venía encima, y lo expuesto



*Unas lindísimas muchachitas también le sediaron a preguntas...*

que estaba a sufrir un escandaloso ridículo.

Y desgraciadamente cuando las cosas empiezan a ir mal. Acababa de entrar en el amplio salón la de Jackson Greer, la señora a quien Max cortara la melena en cierta ocasión en el pueblo y que hacía poco le había propor-

cionado la colocación en el hotel. Cuando Max la vió parecía que iba a perder la cabeza, pero en un esfuerzo de voluntad dejó a los que con tanta curiosidad le rodeaban e internóse en el contiguo salón, dispuesto a desaparecer, por donde fuera, de aquella mansión señorial que se le caía encima.

Tropezó casi con un pollo que salía con un humor muy agrio. En seguida comprendió lo que le había sucedido al ver que una lindísima jovencita, que no era otra sino Abril, dirigía a aquél una mirada de pocos amigos: era una declaración amorosa y una negativa. Es conveniente que no perdamos de vista al joven que salía, y que es prócer de una distinguida familia. Se llama Luis.

Cuando Abril vió la figura esbelta y la elegancia extremada de Max, su semblante se transformó rápidamente. Tampoco a éste desagrado tal encuentro, y aun cuando no media ría presentación alguna, por el atractivo de la simpatía personal que mutuamente habíanse infundido empezaron a hablar. En esto a Abril rompiósele un collar de perlas que se desparramaron todas por la alfombra. Esta le dijo con mucho gracejo que acabó de convenir al presunto Conde:

—No se moleste, porque... tampoco son buenas...

Max, que ya se había agachado y estaba recongiéndolas, la dirigió una mirada, dulce y persuasiva, y también Abril se puso a recojer perlas.

En esta posición les pillaron la señora de la casa y la Jackson-Greer, que iban en busca de Max. Aquélla, en su desmesurado afán de realzar más la fiesta que se daba en su casa, y también acaso para dar satisfacción al orgullo, díjola:

—Tengo una nueva visita grande: un Conde auténtico, francés.

Y cuando ya puestos los dos de pie, se hubo efectuado la presentación, la Jackson-Greer dijo:

—Sí; yo ya conocí al Conde cuando fué barbero.

Max no pronunció palabra; sonrió e hizo una ligera inclinación.

Madre e hija no supieron cómo tomar tales palabras, pero suponiendo obedecían a un poco de envidia y pronunciadas tan sólo por la creencia de que el Conde no entendía el inglés, guardaron hipócritamente su despecho.

Max quedó prendado de Abril, y ésta encantada de enamorarse de un Conde francés.

La velada que tan agresiva se presentara cambió radicalmente para el Conde-barbero. Abril tuvo a gran honor dedicar buena parte de la noche a atender a las insinuaciones galantes del d'Antin, cual hiciera otra noche con el Príncipe heredero de una corona.

Afortunadamente para Max, la de Jackson-Greer se ha juntado con Tenny y Florencio, quienes le han puesto al corriente de la broma que están gastando a la señora King, pidiéndole con toda clase de cuidados una gran reserva sobre este asunto.

\*\*

\*\*

A partir de aquella noche, todos los días Abril y Max se ven pasear juntos con el auto de aquélala.

Max afecta grandes ocupaciones por unos negocios metalúrgicos y tiene contadas y señaladas las horas de trabajo, cual si fuera un empleado...

En diferentes ocasiones Abril inquirió datos de su vida, y siempre recibió la misma contestación:

—¿Tú eres capaz de quererme, sea quien fuere?

—¿Qué duda cabe??

—Pues entonces, ten calma, y pronto sabrás de mí todo lo que quieras.

Se hospeda en el "Hotel de France", que en realidad es donde raja barbas... Y donde Abril, creyendo va a recoger al Conde francés, llega puntualmente todas las tardes, con su auto.

Más de una sonrisa burlona, más de una mirada de envidia ha producido a su salida de la peluquería donde acababa de afeitar a un cliente, al darse éste cuenta de que el personaje que iba a montar en aquel lujoso automóvil, era el mismo que momentos antes le hiciera un masaje facial...

Muy raro era no verlos juntos. En el te, en el baile, en el teatro, son tan asiduos como inseparables concurrentes, y son tan tiernas las miradas que constantemente se prodigan, que empiezan ya a inquietar a los promotores de la broma.

—Hay que buscar una solución, un arreglo, que no nos haga quedar muy mal — decía Tenny.

—Podríamos "embarcarle" nuevamente — arguyó Florencio con malicia.

Pero quien más escamado se halla es el propio Max, que se ve impotente para salir de apuro.

Para mayores males, aquella misma noche llegó su padre del pueblo.

El establecimiento, con la marcha de Kitty y de Max había empezado a decaer, acentuán-



*...son tan tiernas las miradas que constantemente se prodigan...*

dose al poco tiempo de tal manera que no tuvo otro remedio que cerrar la tienda y salir para la capital, donde creía encontrar al hijo en una sólida posición.

Este le hizo ver cuán equivocado andaba. Y pidió a su padre consejo por lo que le es-

taba sucediendo con los amores de la encopetada Abril.

Su padre, como persona de más conocimiento y que había recibido muchas y duras enseñanzas del mundo, pudo orientarle con sabios consejos.

Seguidamente, Max escribió una carta a Abril, concebida en estos términos:

*Si es verdad, querida Abril, que eres capaz de quererme, sea yo quien fuese, esta noche acudiré para ir al "cabaret". Antes he de advertirte, empero, que no soy quien tú crees, sino un pobre barbero, a quien han hecho jugar un triste papel, tan sólo para burlarse.*

*Si no quieres verme esta noche, devuélveme esta carta por el portador, y me ausentaré de esta ciudad.*

El mensajero volvió diciendo que no había contestación.

—Entonces es que se queda con la carta y esta noche me espera — dijo Max.

El padre quedóse pensativo. No estaba muy acostumbrado a ver cómo el poderoso descendía de su pedestal para igualarse con el humilde.

Max arreglóse con el traje que días atrás

le prestaran y fué a buscar a Abril y su madre.

La carta de Max quedó encima de una mesa, pasando inadvertida para Abril.

Trasladáronse al "cabaret", donde actuaba una bailarina rusa que venía precedida de gran fama, de todas las naciones donde había actuado.

Max, que había observado a su novia y pronunciado muy pocas palabras, le dijo:

—Abril, ¿me quieres hoy tanto como ayer?

—¡Hoy más que ayer!

Le pareció comprender que se conformaba con su origen humilde, y que pasaba por encima de todo.

Y usted, señora King, ¿tendrá inconveniente en llamarme hijo?

Esta, que ya hacía tiempo esperaba una pregunta semejante, le dijo:

—¿Cómo no? ¡Y qué lo tendré a gran orgullo!

Salieron las atracciones que debían hacer pasar agradablemente el rato a la concurrencia.

Max, a pesar de las halagüeñas contestaciones recibidas a su meditado interrogatorio, no veía la cosa con toda claridad. Le extrañaba

que no le hicieran una pregunta de cómo fué, de porqué lo hizo.

Iba a salir de dudas; enfocaría la cuestión de frente a Abril.

—Oye, ¿qué me dices de mi carta?

—¡Calla! Ahora sale la estrella rusa.

Efectivamente; con un transparente traje oriental, luciendo la belleza de sus formas, la gran artista bailó una danza, que evocaba la voluptuosidad y el placer.

Max no se dió cuenta, en su abstracción, de que Kitty había salido a bailar actuando de comparsa en una parodia del Charlestón. Y que le miraba con ojos amorosos, enfadándose porque éste no le hacía caso. Cuando terminó y creyéndose despreciado por el que consideraba había conseguido hacer variar de rumbo la Fortuna, fuése a sentar a una mesa donde viera algunos conocidos del "cabaret".

También en aquella mesa, donde por el bullicio reinante y por el champán que se consumía parecía que todos debieran estar complacidos, había dos semblantes entristecidos. Luis, el pretendiente fracasado de Abril, y Kitty tenían puestos sus ojos en la mesa vecina y parecían no darse cuenta de la alegría de sus compañeros.

—Mira, Luis; cuando era barbero quería ser mi novio, y ahora que se ha enriquecido, ni me mira.

—¿De quién hablas? ¿del conde d'Antin?

—Este, Conde? Barbero y muy barbero.  
¡Si lo sabré yo!

Y sin darse cuenta del daño que causaría a Max, contó a Luis su historia completa. Desde su infancia a su partida del pueblo, y hasta el último encuentro que tuvieron los dos en la peluquería. Y Luis fraguó una venganza poco noble. Y cuando Kitty le sujetó para que no hiciera nada, la repelió furioso:

—Tratándose de Abril no guardo consideraciones a nadie!

Situóse detrás de los novios y con voz fuerte dijo:

—¿A quién toca?

Abril creyó que se trataba de una broma de Luis y le miró con desdén por la poca gracia de la ocurrencia. Pero vió que el rostro de Max sufría una transformación.

Luis, con cruel satisfacción, continuó:

—¿Ya no rasas más barbas, barbero? No sé si saben ustedes, pero están sentadas a la mesa del barbero más popular de New-York.

A Max no se le ocurrió sino preguntar si

había leído la carta que le enviara aquella noche.

Sí, había recibido una carta, pero era tal el afán de salir con él, que la olvidó sobre la mesa sin leerla.

Y cuando Max hubo confesado su personalidad, madre e hija levantáronse, indignadas de vergüenza. Salieron del cabaret, sin dirigir la mirada, no solamente a aquel que inocente las había engañado, sí que tampoco a hombre que acababa de cometer acción tan poco caballerosa.

Cuando Max iba a levantarse, un camarero le presentó la cuenta, que importaba la mitad de lo que ganaba en todo un mes.

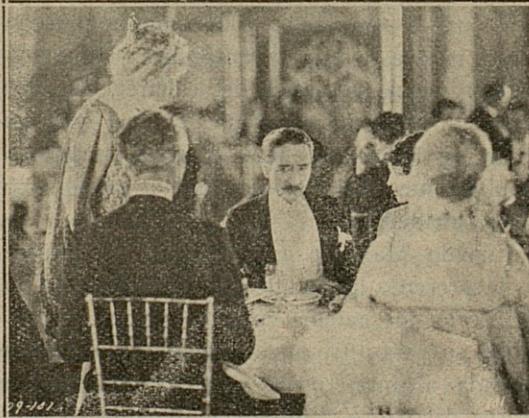
En su casa tuvo una escena de dolor, apaciguada a duras penas por las consoladoras frases del padre. Empezó a preparar su equipaje. Volvería al pueblo y allí levantaría nuevamente la que fué mejor peluquería de todo el contorno.

Una llorosa figura apareció en el umbral de la puerta. Era Kitty, que arrepentida por su acción venía a pedir a Max que la perdonase.

—Max, yo tengo la culpa, pero fué sin mala intención...

—No te preocupes, Kitty... Sucedió lo inevitable.

El padre, que ya había logrado de su hijo el arrepentimiento y la vuelta al hogar, empezó a prodigar sus buenas palabras a Kitty, convenciéndola, poco después, de que se mar-



*Y cuando Max hubo confesado su personalidad...*

chara con ellos otra vez, para abrir la tienda.

La inteligente muchacha comprendió que para brillar y sobresalir hace falta algo más que buenos deseos; y visto el fracaso de Max y el suyo propio, tomó la decisión de partir.

Entretanto Abril llegaba a su casa, avergonzada de la escena que acababa de ocurrir

en el "cabaret" y de la que figuraba ella como principal protagonista. Cuando leyó la carta, comprendió que el corazón de aquel hombre



*...pero la diferencia de clases la impedía hacer un papel que consideraría siempre como humillante...*

valía más que todos los muñecos que había tratado hasta entonces... pero la diferencia de

clases la impedía hacer un papel que consideraría siempre como humillante...

\*\*

Han transcurrido siete años desde ese trascendental episodio de nuestra historia. La barbería de Juan Haber e hijo es nuevamente la más acreditada y próspera del pequeño pueblo indiano. Aquel establecimiento no es la barbería vieja y destortalada de antaño, sino un salón de belleza moderno, montado con los últimos adelantos que exige la higiene.

Y en él Kitty, la arrepentida y soñadora Kitty, desempeña el papel de esposa de Max y de madre del hijo de ambos. Y en los momentos de su felicidad la ex-manicura le dice al aprovechado Figaro:

"A tus barbas, barbero".

FIN

*Con esta novela exija usted la postal-obsequio de  
NORMAN KERRY*

Próximo número : La deliciosa novela  
**EN PÚBLICA SUBASTA**  
Por CHARLES RAY y PAULINE STARKE  
Postal - obsequio : DOROTHY MACKAIL

Un formidable éxito  
está obteniendo el  
**NÚMERO ALMANAQUE**

DE

**La Novela Semanal Cinematográfica**  
con el que se regala un lujoso  
**ALBUM**  
para colecionar las  
postales del año 1926

Numerosos argumentos : Información cinematográfica  
32 páginas de retratos de Ases de la pantalla

**¡ SI LO VE, LO COMPRARÁ !**

J. Horta, impresor - Barcelona